

DON BLAS, EN FAMILIA

B LAS «Caudillo» Piñar llegó tarde, entre murmullos y rumores expectantes. Vino «en líder» y con acólitos. ¿Se mostraría moderado, cual es su costumbre en esta campaña? Luego se vio que sí; que el notario, dicen que empobrecido por la política, puede discutir con el Centro e incluso estar de acuerdo. Y no se me culpe de engrasar mi imaginación calenturienta; no, don Blas pareció templado y hasta feliz. Le sobraba, sin embargo, cansancio y sueño, y a lo peor tales circunstancias empastaron sus ímpetus. Iba vestido, naturalmente, «de Fuerza Nueva»; le acompañaba su mujer y algún que otro guardaespaldas, y al final pudo incluso firmar autógrafos en fotografías de Franco. En más de una ocasión, por otra parte, demostró su ingenio; convivió —únicamente por dos horas— con Cristina Almeida, bastante comunista, pingüe de carnes y mitinera, y don Blas (a la derecha de todas las derechas) habló cuanto le dejaron, gesticuló faccialmente lo que quiso, se asombró de pocas cosas, fuese, y no hubo nada.

Debería decir, sin embargo, que una vez el auditorio le irritó los nervios. Fue cuando una contertulia repitió «este país», y el señor Piñar aseguró «que me está molestando la expresión, porque se está reduciendo a una nación a la categoría de paisaje bucólico». Pero —usted disimule, don Blas— nada más lejos de la realidad. Porque si algo quedó claro es que desde la derecha a la izquierda a «este país» se le sigue llamando España, pasada ya la época hortera en que los políticos provincianos hablaban de «geografía peninsular» (¿y las islas?) o «Estado español», invento fascista donde los haya.

Cristina Almeida es una señora irregular, y Carmela García Moreno más que regular. Tiene encanto, pero, por si me escucha, le aconsejo que no sea plúmbea. Lo es. Mi vecino —me confesó, por fin, que era de UCD— decía que «todos los de mi partido parecen meritorios. Se creen que vienen a pasar un examen». Algunos —esto ya es cosa mía— aprueban con nota, otros raspan el «cate». Carmela, madre de dos hijos y poco feminista (perdóneme, pero ésta es mi impresión), tiene el don del ingenio rápido, lo que no es poco en estos tiempos de torpeza dialéctica que exasperarían a Fernández Flórez. Carmela, cuando Camuñas (no confundir con Ignacio, ministro por unos días) quiso prestarle unos papeles, respondió rápida: «No, gracias; todavía no hemos pactado.» ¡Ah! ¿No? Para mí, que sí. Los del PSOE así lo repiten. El candidato socialista de esta tertulia, tardo en el decir, era Leopoldo Torres, católico según confesión, divorcista «malgré soi» y suplente de una titular que, como el informal Larroque, dio una «espantá gallesca». Torres se defendió como pudo de las acusaciones de oportunismo político y compadreo electoralista que le lanzaron el presidente de los hombres separados (largas e indefinibles patillas) y la jefa de las separadas.

Quedó claro, al fin, que, «a nivel de divorcio, de referéndum, nada»; que «a nivel de familia, ante todo la protección»; que a «nivel de hijos naturales, es una vergüenza la situación actual» y que, a pesar de todos los niveles estúpidos de moda, las ideas de esta campaña no pueden ser más comedidas, «a nivel de no asustar al personal».—

Carlos DAVILA